

REGLAS PARA VIVIR COMO COMUNIDAD CRISTIANA EN LA IGLESIA Introducción

1. ¿Por qué estas reglas después de las cuatro semanas de Ejercicios?

Los Ejercicios me han "preparado y dispuesto" (EE 1) para descubrir desde mi libertad lo que quiero. Más aún, no cualquier cosa que queramos desde la libertad nos merece la pena: podemos equivocarnos y hacer daño (pecado): **1ª Semana**. Para acertar hay que elegir lo que más nos ayuda a vivir el "para" del Principio y Fundamento.

En **Segunda Semana** nos presenta a Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, que nos llama a seguirle libremente, viviendo una "vida verdadera"

Desde este seguimiento a Jesús he aprendido que la única manera de vivir el dolor y la felicidad es saliendo de mí mismo, sabiendo estar al lado de la persona que sufre ("dolor con Cristo doloroso... ") (**Tercera Semana**) y descubriendo que la felicidad es hacer felices a los que me rodean ("alegrarme y gozarme intensamente de tanta gloria y gozo de Cristo nuestro Señor") (**Cuarta Semana**).

Con esta preparación y disposición vuelvo a la realidad sabiendo que todo es un don de Dios y en todo debo amar y servir (**Contemplación para alcanzar amor**). Desde el seguimiento a Jesús, "saliendo de mi propio amor, querer e interés"¹ todo puede vivirse como un regalo de Dios.

Esta experiencia de EE me va haciendo más persona porque voy decidiendo desde lo que merece la pena ("para" del PF).

Pero yo no vivo solo, sino que estoy rodeado de otras personas que también

¹ EE 189

tienen que tener su propia libertad y querer, con las que tengo que relacionarme. Esta convivencia está llena, a veces, de problemas y es causa de grandes sufrimientos, pero también de grandes alegrías, por ejemplo, la amistad.

Nací en una familia y he podido llegar a ser persona porque tuve unos padres que me rodearon de cariño y me cuidaron. En la familia es donde todos empezamos a relacionarnos con los demás y vivimos por primera vez la autoridad que siempre se dará en cualquier grupo humano.

Pero en esos primeros momentos yo no tenía ni querer propio ni libertad. Por tanto, mi manera de relacionarme con mis padres no me servirá cuando tenga libertad y querer propios, cuando empiece a ser adulto.

En efecto, la autoridad de los padres sobre un hijo recién nacido es total: todo se lo tienen que hacer, y el niño no puede responsabilizarse de nada. Por eso tenemos que caer en la cuenta de cuál fue la historia de nuestra manera de relacionarnos con la autoridad hasta llegar a ser adultos.

El niño, en los primeros años, empieza por identificarse con sus padres a través del cariño. (Recordar lo dicho en Segunda Semana sobre la identificación²: Los padres (en especial la madre) lo son todo para él, y en ellos encuentra seguridad. Desde esta identificación va imitando y repitiendo lo que ve en ellos y así aprende con gran facilidad.

Gracias a la seguridad que le da el cariño de sus padres va descubriendo que tiene un yo, que es persona, que merece respeto (lo que se llama "propia estima"). Una persona que no ha sido querida en su niñez será una persona insegura.

Pero la autoridad verdadera de los padres consiste en que sus hijos vayan creciendo y aprendiendo a tener un querer propio desde su libertad (la palabra autoridad viene de otras que significan hacer crecer).

Esto supone que el niño, después de esta etapa en la que todo lo espera de los padres, tenga que pasar por otra en la que va descubriendo que tiene libertad y tiene que ser él mismo, con un querer propio. No nacemos programados.

Por eso pasará por una segunda etapa en la que rechaza a los padres: todo lo que ellos digan o manden lo ve como una amenaza a su libertad y querer propio que está empezando a descubrir.

² Ver páginas 248-249.

De esta segunda etapa (adolescencia) saldrá convencido de que es él quien tiene que decidir: nadie puede hacerlo por él, nadie puede manipularlo.

Estas dos etapas se han vivido desde una relación de desigualdad: los padres lo son todo y lo hacen todo; el niño aún no tiene personalidad y no puede dar nada. Por otro lado, los padres tienen libertad y conocimiento de la realidad para decidir, mientras el niño carece de ambas cosas.

Una vez que el ser humano se siente con personalidad, que es él mismo, sabe lo que quiere y es capaz de decidir lo que le conviene, debe empezar a relacionarse desde la igualdad: que todos somos personas y tenemos que ser libres y respetarnos unos a otros.

El peligro está en que el adulto repita alguna de las dos maneras de relacionarse con la autoridad que tuvo con sus padres, sometiéndose a los que mandan, sin más; u oponiéndose a ellos porque los ve como una amenaza a su propia libertad. Detrás de estas posturas están la identificación o el rechazo que tuvo que vivir cuando la relación era de desigualdad.

El mismo peligro lo tenemos en repetir la autoridad de los padres cuando tenemos una responsabilidad hacia personas. Nunca se puede vivir la responsabilidad (autoridad), por muy alta que sea, desde la desigualdad sino desde la igualdad, para vivir en comunidad: "el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor y el que quiera ser el primero entre vosotros, será vuestro esclavo" (Mt 20,26- 27). Por eso Jesús nos avisa seriamente en Mt 23,1-11, que no nos dejemos llamar ni maestros, ni padres, ni jefes, porque todos somos hermanos.

Mi vida no está resuelta con que tenga libertad y querer propios y descubra lo que merece la pena (lo que hemos buscado en los EE), sino que también va a depender de saber relacionarme con los demás, en especial con la autoridad, desde la igualdad, sin complejos. Sólo así viviremos en comunidad, sirviendo, sin caer en el servilismo y con responsabilidad sin caer en la autosuficiencia (ir de chulo por la vida).

Las Reglas que nos propone ahora San Ignacio van a avisarnos de estos peligros para que, siendo nosotros mismos, con nuestra propia libertad y querer, no nos quedemos encerrados en nuestro orgullo o en nuestro egoísmo, y seamos capaces de respetar y escuchar.

La relación con los demás, por tanto, y en especial con la autoridad, es un problema de toda persona, no sólo del cristiano con respecto a la Iglesia: en nuestro trabajo, en nuestra ciudad, en nuestro país, etc., tenemos que relacionarnos con los

demás desde la igualdad, respetándonos y sirviéndonos. Siempre vamos a estar rodeados de estructuras: organizaciones y leyes para ponernos de acuerdo y saber la responsabilidad que cada uno tiene. Todas estas organizaciones las necesitamos y les pedimos que cumplan su tarea: el "bien común" y la justicia. No podemos estar pendientes del capricho de cada uno. La "autoridad" del grupo en el que vivamos (el estado, la empresa, el trabajo, etc.) debe vigilar y exigir que el bien de todos esté por encima del bien de cada uno que se convierte en un abuso cuando hace imposible que los demás tengan lo necesario.

Todo esto supone que la autoridad debe tener un papel objetivador: que frente al propio capricho, lo que a mí se me antoje, está la realidad de que no estoy solo y vivo gracias a los servicios de los demás (médicos, panaderos, agricultores, albañiles...) y si la comunidad que formamos no funciona bien, yo tampoco podré vivir. Todos estos son datos reales (objetivos), frente a mis conveniencias y caprichos (subjetivos). Necesitamos, pues, alguien que nos objective (que nos recuerde que la realidad no se acaba en mi problema y estamos llamados a ponernos de acuerdo de cara al bien común y lo justo).

El problema está en que cada uno quiere ir a lo suyo y "pasa" de los demás. Sin embargo, exigimos que los demás no abusen (decimos que "eso no es justo"), pero no estamos dispuestos a reconocer nuestros abusos. (Por eso, San Ignacio nos recuerda en una carta que "en las cosas propias... no son los hombres comúnmente buenos jueces por la pasión".

El caer en la cuenta de todo esto es necesario para que podamos vivir en grupo, que es como siempre vamos a vivir. Por mucha personalidad que tengamos, por muy libres que seamos, por mucho que "sigamos a Jesús", si no sabemos vivir en comunidad, nos amargarán y amargaremos.

2. ¿Qué es la Iglesia?

La Biblia, que recoge todo lo escrito sobre cómo Dios se ha ido dando a conocer, deja claro que lo que Dios busca es un pueblo; y las personas que busca son para que ayuden a ese pueblo:

- A Abrahán lo escoge para hacerlo padre de un pueblo numeroso (Gn 12,2; 22, 16-18).
- A Moisés para que saque a su pueblo Israel de la esclavitud de Egipto (Éxodo 3).
- A lo largo de la historia va enviando personas que cuiden de su pueblo (reyes, profetas, etc.).
- Pero, sobre todo, Dios, a lo largo de este tiempo, va prometiendo un enviado especial, el último, a quien se le da el nombre de Mesías, y todo el pueblo de Israel vive esperando su llegada.

El Evangelio nos anuncia que este Mesías esperado es Jesús que no nace en un palacio sino en una cueva; no se educa en Jerusalén, la ciudad santa, sino en un pueblo de mala fama ("¿De Nazaret puede salir algo bueno?" Jn 1,46) y se presenta como uno de tantos aunque es el Hijo de Dios (Fil 2,6-7), es rechazado y condenado a muerte, pero Dios Padre lo resucita, y encarga a los que han creído en él y le han seguido que formen el Nuevo Pueblo de Dios, la Iglesia, y vayan por todo el mundo anunciando el Evangelio, como él lo había hecho.

Como hemos recordado en la primera parte de esta introducción. San Ignacio nos ha puesto delante la vida de Jesús, para que contemplándola lo siguiéramos. Los EE nos preparan y disponen para seguir los pasos de Jesús, que, desde su vida corriente, como uno de tantos, iba preguntando "¿Qué os parece?"; y si la persona estaba de acuerdo le volvía a preguntar "si quieres, sígueme" Es decir, Jesús se dirigía a la inteligencia de cada persona, anunciándole cómo él veía la vida, y después a su libertad: si quería seguir sus pasos.

Los que iban fiándose de él, empezaron a formar un grupo a su alrededor. Al principio, en este grupo no se descubre organización: Jesús era el que mantenía el grupo.

Desde el comienzo Jesús empieza a decirles que deben formar una comunidad como hermanos, y a Pedro le dice: "y tú eres Pedro y sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia" (Mt 16,18) (Iglesia significa los "llamados" por Jesús y que han respondido a

esa llamada).

Pero Jesús no iba a estar siempre presente. Más aún, en su despedida les dice: "os conviene que yo me vaya, porque si no me voy no vendrá a vosotros el Consolador (el Espíritu Santo); pero si me voy os lo enviaré" (Jn 16,7).

Este Espíritu, sin embargo, no lo va a hacer todo, sino que el grupo debe responsabilizarse de su propia vida, y por eso encargará a Pedro que cuide de la comunidad.

Es importante caer en la cuenta de que Pedro respondió a Jesús y lo siguió, pero también lo negó. El grupo que rodea a Jesús no está formado por personas extraordinarias, que nunca meten la pata, sino personas corrientes, débiles, que fallan, y por eso se sienten como los demás y van a poder comprender y ayudar a todos desde la igualdad.

La Iglesia como grupo de los que se fían de Jesús y quieren seguirle empieza a existir, como hemos dicho, después de su muerte y resurrección.

San Juan nos cuenta cómo Jesús resucitado se les aparece, "estando cerradas las puertas por miedo a los judíos... "y les dice: "la paz con vosotros. Como el Padre me envió, también yo os envió". Dicho esto sopló sobre ellos y les dijo: "recibid el Espíritu Santo. A quienes les perdonéis los pecados les quedarán perdonados, y a quienes se los retengáis, les quedarán retenidos" (Jn 20,19-23).

Si hasta ese momento era la presencia de Jesús la que mantenía el grupo, de ahora en adelante será el Espíritu Santo.

En efecto, antes de dejarlos Jesús les dijo: "recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra" (Hch 1,8). Más aún, según San Juan, Jesús antes de morir les dijo: "El Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre, ese os lo enseñará todo y os traerá a la memoria todo lo que yo os he dicho" (Jn 14,26) y más adelante sigue diciéndoles: "Mucho tengo todavía que deciros, pero ahora no podéis con ello; cuando venga el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa" (Jn 16,12-13).

Es decir, la Iglesia es guiada por el Espíritu que irá completando la verdad. La vida va cambiando, surgen nuevos problemas, de los cuales Jesús no podía decir nada. La Iglesia, su comunidad, guiada por el Espíritu Santo, debe ir dando respuestas.

Por eso, después de que Jesús los dejase, estando reunido el grupo con María, la madre de Jesús, el Espíritu Santo se hace presente en ellos y empiezan a sentirse con fuerza para hacer lo que Jesús había hecho: anunciar lo que merecía la pena (el Evangelio, la Buena Noticia) (Hch 2).

Este anuncio no va a ser sólo al pueblo elegido, a Israel, sino a todo el mundo. Es el único encargo que Jesús les deja antes de separarse de ellos: "Id, pues, y haced seguidoras a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo" (Mt 28,19).

Esto es lo que significa el Bautismo: por el Bautismo entramos a formar parte de su pueblo, a ser su comunidad. San Pablo, en la carta a los Romanos (6,1-11) dice que por el bautismo "morimos con Cristo", "siendo crucificado con él el hombre viejo" (con nuestros egoísmos y orgullos) para resucitar con Jesús a una vida como la suya. Pero la comunidad supone unión, y eso es lo que a Jesús más le preocupó: "Padre santo, cuida en tu nombre a los que me has dado para que sean uno como nosotros" (Jn 17,11). "No sólo ruego por éstos, sino también por aquellos que por medio de su palabra crearán en mí para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste para que sean uno como nosotros somos uno, yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí" (Jn 17,20-23).

El seguimiento de Jesús debe concretarse en hacer lo que hizo él: "Como el Padre me envió, así yo os envío a vosotros". ¿Y a qué vino Jesús? A hacer la paz, a que fuésemos una sola cosa como el Padre en él y él en el Padre. Si en esto fracasamos ha fracasado la misión de Jesús que es hacer posible que vivamos como hermanos en comunidad.

Para esto nos dejó los sacramentos de la penitencia (del perdón, de la reconciliación) y de la eucaristía.

En el primero se nos perdonan nuestros fallos y podemos empezar de nuevo sin echarnos nada en cara. Y este perdón viene a través de la Iglesia (la comunidad).

En el segundo hacemos "en recuerdo de Jesús" lo que él hizo: dar la vida por nosotros: "tomad y comed, esto es mi cuerpo que será entregado por vosotros". Sólo daremos vida perdiendo la nuestra. Si buscamos cada uno nuestro interés nunca podremos formar un cuerpo. Seremos como un cáncer que se come al cuerpo. Como decía San Pablo: "A cada cual se le dará la manifestación del Espíritu para provecho común", para ponerlo al servicio de los demás.

Sólo sintiéndonos perdonados por Dios y haciendo en recuerdo suyo lo que él hizo, dar la vida por los demás, podremos sentirnos un cuerpo vivo.

Pero no sólo son los sacramentos del bautismo, la reconciliación y la eucaristía, los que nos ayudan a comprender qué es la Iglesia y a vivir en ella, sino que el sacramento del matrimonio es el que mejor nos ayuda a acercarnos al "misterio" de la Iglesia. En efecto, San Pablo dice en su carta a los Efesios: "Vosotros, los maridos, amad a vuestras mujeres, como Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella para santificarla y purificarla mediante el agua (el bautismo) con la fuerza de la Palabra (el Evangelio)... Así deben amar los maridos a sus mujeres como a sus propios cuerpos. El que ama a su mujer se ama a sí mismo. Porque nadie aborreció jamás su propia carne: antes bien la alimenta y la cuida con cariño, lo mismo que Cristo amó a la Iglesia, pues somos miembros de su cuerpo. "Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer y los dos se harán una sola carne" (Gn 2,24). Gran misterio es éste, lo digo respecto a Cristo y a la Iglesia" (Ef 5,25-32).

Este misterio de que Dios haya querido entregarse a una comunidad para salvar (recuperar y hacer felices) a toda la humanidad es un misterio tan maravilloso como la experiencia del amor humano en un matrimonio feliz. Igual que el hombre y la mujer se eligen y entregan en libertad en el compromiso matrimonial ("hasta que la muerte nos separe"), así es la entrega de Jesús a su Iglesia, a su cuerpo, que somos los que queremos seguirle. (La relación de Dios con el ser humano pasa por una comunidad, un "nosotros").

La unión del hombre y la mujer en el compromiso del matrimonio debe darnos a entender cómo Jesús (esposo) se relaciona con su Iglesia (esposa), le es fiel porque la quiere y encuentra en ella su felicidad.

Pero ya hemos visto que somos Iglesia si todos los que la formamos nos sentimos unidos, con una unidad como la de los miembros de un cuerpo, como explicaremos más adelante. Por eso, San Pablo nos ha dicho: "nadie aborrece su propia carne; antes bien, la alimenta y la cuida con cariño, lo mismo que Cristo a la Iglesia, pues somos miembros de su cuerpo".

¿Por qué le preocupa tanto a Jesús la unidad de los que creen en él? ¿Por qué llega a decir: "en eso conocerán que sois discípulos míos, si os tenéis amor los unos a los otros" (Jn 13,35)?

Si "Dios es amor" y "el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios" (I Jn 4,7-8), estamos llamados a reflejar en nuestras vidas esa unidad de Dios: entre el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo, que es Amor. Sólo entonces podrán conocer a Dios y que Dios está en medio de nosotros. Ya lo dijo Jesús que "donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mt. 18,20).

La Iglesia de Jesús está, pues, llamada a hacer posible la unidad entre todos los hombres como hijos de Dios. Más aún, no podemos llamar a Dios “Padre mío” como Jesús lo hacía, sino “Padre nuestro”. Estamos llamados a entendernos, a servirnos unos a otros, no a competir.

Pero para tener unión entre nosotros tenemos que sentirnos iguales, como recordamos en el apartado anterior, y estar siempre dispuestos a servir, “como el Hijo del hombre (Jesús) no vino a ser servido sino a servir y a dar su vida como rescate de muchos” (Mt, 20.28).

Y es que la unión que debemos vivir no es que todos seamos lo mismo, sino que, conservando nuestras diferencias y cualidades, lleguemos a formar un cuerpo, como explica San Pablo (1ª Cor 12): “Hay diversidad de carismas (cualidades), pero el espíritu es el mismo; hay diversidad de ministerios (distintas responsabilidades), pero el Señor es el mismo; diversidad de operaciones (no todos hacemos lo mismo), pero el mismo Dios quien obra todo en todos”. La unión que debemos vivir es la del **cuerpo**, que no es un sólo miembro sino muchos y distintos, sin que ninguno se sienta el más importante sino desde la igualdad, aunque con distintas responsabilidades.

Esto debe ser la Iglesia, **el cuerpo de Cristo**.

Pero todas estas responsabilidades y cualidades pueden llegar a formar un solo cuerpo si hay amor, como explica San Pablo en el capítulo siguiente (1ª Cor 13). Sin amor de nada sirve ni cualidades ni responsabilidades de cara a formar un cuerpo. Tenemos que relacionarnos desde el amor.

A esta Iglesia, como comunidad, Jesús le dio responsables, Ya en vida encarga a Pedro que fortalezca la fe del grupo (Lc 22,32) y después de las negaciones, cuando le pregunta por tercera vez “¿me quieres más que estos?”, ante la respuesta de Pedro: “Tú, Señor, lo sabes todo, tú sabes que te quiero”, Jesús le encarga que cuide de sus ovejas (Jn. 21, 15-17).

Por otro lado, no deja sola a su Iglesia sino que le envía su Espíritu y se siente guiada por él.

Desde los primeros momentos, el grupo de los apóstoles va tomando decisiones en la medida en que se van presentando los problemas. Y el primer problema fue si seguir a Jesús debía suponer que uno cargase con todas las leyes de los judíos. El Espíritu va inspirando a Pedro y a Pablo para que rompan con las leyes propias del pueblo judío (leer los capítulos 10, 11 y 15 de los Hechos de los Apóstoles):

"Porque ha parecido al Espíritu Santo y a nosotros no imponeros ninguna otra carga que las necesarias..." (Hch 15,28). Escuchan al Espíritu, pero ellos tienen que tomar decisiones y hacerse responsables de ellas.

En la medida en que van muriendo los que vivieron con Jesús, los Apóstoles, van sustituyéndoles otras personas que siguen teniendo la responsabilidad que Jesús dio a Pedro y sus Apóstoles: el Papa y los obispos. Estos se van ayudando de otros que tienen que ser encargados (ordenados) para la misma tarea (sacerdotes-curas).

Estos sustitutos de Pedro y los Apóstoles tienen que cuidar de la comunidad y formarán lo que San Ignacio va a llamar "jerarquía", en una Iglesia que la formamos todos.

Y aquí vamos a encontrar con la dificultad mayor en nuestra forma de estar en la Iglesia. Como vimos en el apartado anterior, todo grupo humano necesitará de unos responsables que vayan decidiendo en los conflictos y avisando en las posibles equivocaciones. Lo mismo ocurre en la Iglesia: pero la autoridad en la comunidad de los que creen en Jesús no puede ser como la de "los príncipes de este mundo": "el que quiera llegar a ser grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro esclavo" (Mt 20,26-27). Por eso, el Papa se llama a sí mismo "siervo de los siervos de Dios" (NOTA 1)³.

Esta autoridad tiene dos tareas: anunciar el Evangelio, ayudando a que la fe se conserve y crezca, y posibilitar la unión.

Estas tareas se encomiendan a los que se han ordenado (otro sacramento), pero esto no quiere decir que ellos vivan siempre en todo momento lo que dicen, como nos ocurre a cada uno de nosotros.

Por eso Jesús nos advirtió en Mt 23,2-3: "En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos. Haced pues, y observad todo lo que os digan, pero no imitéis su conducta, porque dicen y no hacen".

Es decir, alguien tiene que responsabilizarse de anunciar lo que dijo Moisés (y en el caso de la Iglesia, lo que dijo Jesús), pero no creamos que eso supone que lo vivan. Habrá que escucharlos y hacerles caso, porque lo que dicen no es suyo; pero a veces no podemos imitarlos.

Más aún, la misma forma de cumplir ese encargo, no siempre será la mejor:

³ Ver notas complementarias página 578.

todos sabemos que en tiempos de San Ignacio existía la Inquisición⁴, a la que él mismo apoyó, aunque también le tuvo miedo; y después se ha visto que aquello no tenía nada que ver con Jesús. Lo mismo puede ocurrir con otras maneras de ejercer la autoridad hoy por parte de la Iglesia, y que dentro de unos años tenga que cambiar. Esto no debe extrañarnos, sino que es consecuencia de que la vida va cambiando y la Iglesia también, aunque siempre tenga el mismo encargo.

Pero además, nadie puede asegurar que su manera de ejercer la autoridad sea siempre la correcta. Toda responsabilidad asusta, a no ser que uno sea un chulo. Por eso, San Agustín, que fue obispo en Hipona (una ciudad de África) hace muchos siglos decía a los cristianos de su ciudad: "Si me da miedo el hecho de que soy para vosotros, eso mismo me consuela, porque estoy con vosotros. Para vosotros soy el obispo, con vosotros soy el cristiano; aquél es el nombre del cargo, éste el de la gracia; aquel, el del peligro; éste, el de la salvación"⁵

La Iglesia (los cristianos) somos todos los que queremos seguir a Jesús porque nos fiamos de él, y esa es nuestra garantía, porque nos aseguró: "Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mt 28,20). Pero no siempre los que han recibido de Dios la responsabilidad de cuidar de su Iglesia sabrán hacerlo como Jesús lo haría, y eso será un peligro, como dice San Agustín, aunque no tendrán más remedio que hacerlo.

Para terminar podemos traer el comienzo de lo que el Concilio Vaticano II dijo acerca de lo que la Iglesia debía ser en el mundo actual: **"Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón. La comunidad cristiana está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo, en su peregrinar hacia el Reino del Padre, y han recibido la buena nueva de salvación para comunicarla a todos. La Iglesia, por ello, se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia"**⁶

Todos estamos de acuerdo con estas palabras y nos llenan de alegría. El

⁴ La Inquisición estaba formada por unos jueces, que eran obispos y curas, encargados de vigilar lo que se decía o escribía sobre la fe cristiana. Si juzgaban que no era verdad les obligaban a desdecirse, y si no querían, los condenaban a la cárcel y hasta eran quemados en público con todo lo que habían escrito.

⁵ Concilio Vaticano II, Sobre la Iglesia, 32.

⁶ Concilio Vaticano II, Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, 1.

problema está en que en esta Iglesia hay unos responsables (así lo quiso Jesús y no podía ser de otra manera) encargados de concretar esta tarea. Ellos tienen sus cualidades pero también sus rarezas, como las tenemos los demás. Estas rarezas, tanto por una parte como por otra, crean problemas y sufrimientos, como en cualquier otra estructura humana. ¿Cómo vivir estos problemas cuando se nos presenten? A esto vienen las Reglas de San Ignacio sobre la Iglesia.

3. Cosas que hay que tener en presente de los EE para entender bien estas reglas.

1º) Cuándo en EE se menciona a la Iglesia:

- En los número 18, 42 y 239 se nos habla de “preceptos de la Iglesia” que hay que cumplir. Todo grupo humano, no sólo lo une unas mismas ideas o sentimientos, sino que se concreta en algunas obligaciones. Uno a la larga dejará de sentirse unido a un grupo si nunca cumple las normas a las que se ha comprometido dicho grupo.

Otra cosa será la manera de interpretar esas obligaciones, por ejemplo, que el ayunar o no comer carne en Cuaresma (el tiempo en que la comunidad cristiana recuerda los sufrimientos de Jesús) pueda cambiarse por ayudar a quien lo necesite, porque ahí es donde podemos recordar mejor el sufrimiento de Jesús hoy. Esto hace que esa obligación pueda cumplirla de otra manera, pero pretende lo mismo.

- En el nº 170 de EE se nos avisa que todo aquello sobre lo que puedo hacer elección esté “dentro de la Santa Madre Iglesia Jerárquica...” y en el nº 177, que la “vida o estado” que yo elija como medio para vivir mi “para” del P.F. “esté dentro de los límites de la Iglesia”.

Esto es importante porque nos descubre el papel de la Iglesia. Hay un dicho muy antiguo entre los cristianos que dice: "de las cosas que ocurren dentro de uno ni la Iglesia puede juzgarlas". En efecto, cuando en los EE se nos habla de las "mociones que en el ánimo se causan, las buenas para recibir y las malas para lanzar "(EE 313), no se nos menciona la Iglesia, porque uno tiene que discernirlas desde su conciencia.

Ahora sin embargo, tiene uno que elegir un modo de vivir, una profesión, etc. cosas que no vivo sólo en mi conciencia, sino con los demás, en la comunidad (Iglesia) y tendré que tenerla en cuenta. No puedo elegir algo que la comunidad considere que va en contra de lo que Jesús vivió. Por eso dice que lo que pretendamos elegir debe estar dentro de la Iglesia y no repugnante a ella.

2) EE 22 = presupuesto

Para que así el que da los ejercicios espirituales como el que los rescibe, más se ayuden y se aprovechen: se ha de presuponer, que todo buen christiano ha de ser más prompto a salvar la proposición del próximo, que a condenarla; y, si no la puede salvar, inquiera cómo la entiende; y si mal la entiende corrijale con amor; y si no basta, busque todos los medios convenientes para que, bien entendiéndola, se salve.

- Ya en la Presentación⁷ hablamos de este número de EE. Sin embargo ahora conviene volver a él, porque trata de la forma de ayudamos unos a otros desde el respeto y la escucha mutua, es decir, de cómo relacionamos, porque si no, difícilmente podremos vivir en comunidad (NOTA 2).

Por otro lado, este número que aparece al principio de los EE también era un aviso para todos aquellos que desde la Inquisición quisieron revisar sus apuntes de EE para ver si lo que allí se decía era correcto, por ejemplo, en Salamanca: les recordaba cuál era la manera cristiana de ayudamos y corregimos cuando estamos equivocados.

Esto supuesto, podemos ir comentando el texto:

- **Para que así el que da los EE como el que los recibe, más ayuden y se aprovechen:** ya hemos recordado que los que siguen a Jesús deben relacionarse con igualdad, aunque haya distintas responsabilidades. Todos necesitamos ser ayudados, y todos debemos ayudarnos. Si uno cree que nunca necesita ayuda, es un creído; y si cree que nunca va a poder ayudar, un acolejado.
- **se ha de presuponer:** no podemos ni dudarlo.
- **que todo buen cristiano ha de ser más pronto a salvar la proposición del prójimo que a condenarla:** el que no vaya con esta postura por la vida no puede llamarse “buen cristiano”, por mucha autoridad que tenga.

Ser más prompto: la persona que se inclina a ver lo positivo que el otro dice o hace, más aún que tiende a interpretarlo por el lado bueno.

Si uno tiende a ver lo negativo de la persona, nunca podrá escucharla,

⁷ Ver página 45-49 de la Presentación.

sino sólo criticarla, y la persona no se sentirá comprendida. Por ejemplo, si despreciamos a una persona o tenemos prejuicios sobre ella, nunca aprovecharemos lo bueno que tiene.

Pero esta mirada comprensiva y esta atención respetuosa (escucha) hacia la otra persona, no quiere decir que todo lo que diga sea acertado. Sería lo mismo que la idealización del niño hacia sus padres o la idealización del enamorado.

Por eso:

- **y si no lo puede salvar:** no todo es verdad, aunque se diga con buenas intenciones y buena voluntad. No podemos renunciar a reconocer la verdad aunque duela y sea dura.
- **inquira** (pregunte) **cómo la entiende:** el problema no está sólo en lo que se dice, sino sobre todo lo que se entiende. ¡Cuántos problemas por dar por supuesto que lo que yo entiendo es lo que el otro ha querido decir! Por eso, para podernos entender lo primero que hay que hacer cuando oímos un disparate, es preguntar a la persona que aclare lo que ha querido decir, “cómo lo entiende”. Sólo así el otro tendrá posibilidad de expresarse y no se sentirá juzgado.
- **y si mal la entiende:** el preguntar al otro no es para renunciar a la verdad, sino todo lo contrario: poder estar seguro de lo que ha querido decir y afrontar la equivocación. No debe asustarnos el fallo del otro, hay que afrontar para poder ayudarlo a salir de él. Para eso hay que corregir al otro, pero no de cualquier manera sino:
- **corríjale con amor:** nadie reconoce su equivocación si se le echa en cara y se le rechaza. Sólo cuando se nos avisa con cariño y respeto podemos estar dispuestos a salir del error y cambiar. El problema siempre estará en posibilitar la recuperación del otro, y esto sólo se hace desde la estima (NOTA 3).
- **y si no basta:** S. Ignacio nunca considera perfecta a la persona (no la idealiza) y sabe que el ser humano a veces tiene posturas que lo hacen incapaz de escuchar la verdad si ve que se le lleva la contraria.
- **busque todos los medios convenientes para que, bien entendiéndola, se salve (la persona) (NOTA):** aquí lo importante es

la palabra convenientes. A veces encontramos medios que pueden ser eficaces para conseguir lo que deseáramos, pero son “**inconvenientes**”, es decir, no posibilitan que la persona “se salve”: salga adelante, se recupere porque empieza a entender bien de lo que se trataba. La verdad es una y todos tenemos la obligación de abrirnos a ella desde la escucha y el respeto sin que nos la impongan, porque nadie la tiene completa (NOTA 5).

Ya recordábamos que Jesús nos dijo que enviaría el Espíritu Santo: “cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa” (Jn. 16,13).

3º) Importancia de la sensibilidad en los EE.

A lo largo de los EE hemos ido viendo la importancia que tiene la sensibilidad⁸.

La sensibilidad de cada persona siempre tiene una inclinación, ha sido “educada” en un sentido. Por ejemplo, el albañil, el sastre, etc. Lo que espontáneamente nos sale depende de nuestra sensibilidad. Es decir, la sensibilidad de cada uno tiene una inclinación, un **sentido**: se fija y cae en la cuenta de aquello que le es familiar, a lo que está acostumbrado.

Por eso decíamos que nuestra manera de actuar, nuestra respuesta a la realidad, depende más del sentido de nuestra sensibilidad que de lo que pensamos o incluso de lo que nos entusiasma en un momento dado, pues una vez pasado el entusiasmo no queda nada.

Por eso S. Ignacio quería que pidiésemos tener la sensibilidad de Jesús o de la Virgen, porque nuestro seguimiento estaría más asegurado⁹

Pues bien, S. Ignacio en estas Reglas quiere descubrimos el sentido verdadero que en la Iglesia debemos tener.

Nuestras posturas ante la Iglesia, nuestra forma de sentirnos Iglesia, nuestras reacciones ante la Iglesia, tendrán un sentido concreto. Pero al parecer no todos son verdaderos: hay sentidos que no merecen la pena, que no posibilitan la unión, la

⁸ Recordar el Primer Modo de Orar, páginas 70-71 de la Presentación, meditación del infierno, páginas 194-195 de Primera Semana y aplicación de sentidos, páginas 278-279 de Segunda Semana.

⁹ EE 248.

comunidad. A todos nos encanta que en el grupo o comunidad a la que pertenecemos no haya conflictos, y echamos la culpa a los demás de que las cosas no funcionen, sin preguntamos si nuestra manera de estar en dicho grupo es la que favorece a la comunidad.

Por tanto, mi manera de vivir en la Iglesia estará condicionada por mi sensibilidad respecto a ella, el sentido de esta sensibilidad: no es lo mismo que detrás de mi sensibilidad haya una inclinación a condenar que a salvar. (Recordar todo lo dicho en el Presupuesto: EE 22), Y el sentido de nuestra sensibilidad es el que hace posible o imposible la comunidad.

Hace tiempo viví una experiencia que me hizo sufrir bastante, pero también me abrió los ojos para comprender lo que estamos queriendo decir:

Un amigo mío cometió un abuso con otra persona que yo apenas conocía. La situación la viví desde la parte culpable, y esta circunstancia complicó mi experiencia, pero también me dio mucha luz. Me explico, si la víctima hubiese sido amiga mía, me habría indignado por el abuso y condenaría sin más al culpable: lo hubiese vivido desde una sensibilidad en **sentido** negativo, desde la agresividad; me hubiese quedado en la condena del hecho y de la persona.

Pero tuve que vivirlo desde la parte culpable y esto me hizo caer en la cuenta de dos cosas:

- 1º) nunca se me pasó por la mente quitar importancia a lo ocurrido, y menos aún, querer justificarlo.
- 2º) pero mi preocupación no era sólo por la persona de la que habían abusado, sino que también me preocupaba la “ceguera” de mi amigo, cómo podía recuperarse y rehacer su familia que podía quedar destruida. Al mismo tiempo que condenaba el hecho, me preocupaba la recuperación del culpable.

Tenemos conflictos en la Iglesia, y estos conflictos nos harán sufrir. Pero no será lo mismo vivirlo desde la condena y la agresividad (una sensibilidad con **sentido** negativo), como desde la preocupación por algo que considero mío. San Ignacio va a hablar de “nuestra santa madre Iglesia jerárquica”. Un fallo de mi “madre” me dolerá, pero más aún me preocupará el que no vuelva a repetirse (una sensibilidad en **sentido** positivo, de recuperación), y no iré contándolo por todas partes.

4º) Cuáles eran los problemas de la Iglesia en tiempo de San Ignacio.

Cada época tiene sus problemas, y a esos problemas hay que darles respuesta.

S. Ignacio escribió estas Reglas para su tiempo: casi todas las cosas concretas a las que se refiere hoy día no nos dicen nada ni son problemas para nadie.

Él era consciente de esto y en dos momentos nos hace caer en la cuenta: en la regla 11 (EE 363) aconseja unos libros “para nuestro tiempo”; y en la regla 17 (EE 369) cómo hablar de un tema importante en “tiempos tan periculosos” (peligrosos)

En efecto, como nos dice S. Ignacio en la anotación primera, los EE son “todo modo de **preparar y disponer** el alma”. Ninguna de las dos palabras arregla nada sino que nos abren a lo que venga para afrontarlo y darle respuesta. Pero para acertar hay que tener en cuenta las circunstancias concretas de cada problema.

S. Ignacio tenía muy claro esto, y cuando escribió las **Constituciones** de la Compañía de Jesús (los avisos e instrucciones, no sólo para los primeros compañeros, a los que había dado los EE, y que querían seguir ayudando a los demás, sino a los que después viniesen), en varias ocasiones, cuando concreta algo que hay que hacer, añade: "a no ser que las circunstancias de **lugares** (no es lo mismo un pueblo muy pobre que una ciudad muy rica), **tiempos** (no es lo mismo ahora que hace 40 años) y **personas** (cada uno tiene su carácter y sus problemas) aconsejen otra cosa" (NOTA 6).

Sabía que los jesuitas que viniesen después de él se iban a encontrar en otros lugares, en otros tiempos y con otras personas, y esas circunstancias eran a las que tendrían que atender.

Estas reglas, por lo tanto, las escribió en una época concreta que conviene recordar para poder entenderlas y saber distinguir entre lo que era para aquel tiempo y ahora no nos sirve, y lo que puede seguir sirviéndonos.

¿Por qué problemas estaba pasando la Iglesia en aquellos momentos?

A lo largo de los siglos (especialmente desde el siglo IV), los responsables de la Iglesia (papa, obispos, etc.) habían ido teniendo cada vez más poder. El papa era dueño de un Estado y tenía hasta su ejército; cada obispo tenía mucho poder y riquezas. Una gran mayoría de curas y monjas, que debían dar ejemplo con sus vidas siguiendo a Jesús, no lo hacían.

Toda esta situación hacía que personas con verdadera fe en Jesús desearan que todo esto cambiase a mejor. Por eso hablaban de reformar la Iglesia, empezando por el papa y los obispos que eran los que tenían más responsabilidad y podían hacer más daño.

Como es natural esta reforma (cambio) no lo aceptaban de buena gana muchos de los que debían cambiar; como tampoco los que tenían buena voluntad y deseaban que las cosas cambiasen sabían hacerlo.

Entre todos estos reformadores, el más importante por las cosas que dijo y la manera de hacerlo, fue Martín Lutero, un fraile alemán que empezó a echar en cara todos los abusos que se daban en la Iglesia y a discutir costumbres y prácticas, en muchas de las cuales era verdad que había abusos. Este enfrentamiento le llevó a salir del convento y a casarse, y surgió el **Protestantismo**, una Iglesia separada del papa aunque seguía creyendo en Jesús.

Otro grupo importante de cara a esta renovación dentro de la Iglesia católica y que tuvieron mucha fuerza fueron los **Alumbrados**, llamados así porque se sentían directamente alumbrados por Dios, convirtiendo la fe en algo individual y puramente interior, que no necesitaba de la comunidad (Iglesia), ni de que nadie se responsabilizase, porque el Espíritu lo hacía directamente.

La Inquisición de España sospechó que S. Ignacio pudiera ser un "iluminado", cuando pasó por Alcalá de Henares y sobre todo en Salamanca.

Pero como antes dijimos, toda persona que tuviese verdadera fe en Jesús deseaba la reforma de la Iglesia. S. Ignacio fue uno de ellos. Un compañero suyo (Luis González de la Cámara) que nos dejó muchos recuerdos de él nos cuenta que solía decir "que si el papa se reformase a sí (mismo) y a su casa, y a los cardenales en Roma, que no tenía más que hacer, y que todo lo demás se haría luego" (Memorial 343)

Parece claro que S. Ignacio veía la necesidad de la reforma en la Iglesia, empezando por arriba, porque en definitiva, el papa y los obispos son los encargados por Jesús de la Comunidad. A ellos hay que pedir cuentas. Pero esto no le llevó a romper con la jerarquía de la Iglesia (el papa, obispos, etc.) porque la Iglesia es jerárquica, recordando, sin duda lo que Jesús decía de los escribas y fariseos que se habían sentado en "la cátedra de Moisés": "Haced, pues, y observar todo lo que os digan; pero no imitéis su conducta, porque dicen y no hacen" (Mt 23, 1-2)¹⁰

Las Reglas que vamos a comentar consistirán en "avisos" para que ese cambio tan necesario se pudiese llevar a cabo sin romper con la Iglesia que es jerárquica, conservando la unión (comunión = común-unión)

En efecto, todas las discusiones que en aquellos tiempos de Reforma surgieron, aparecerán, como veremos, en estas Reglas. Pero a S. Ignacio le va a preocupar, no tanto dar la razón a "los buenos", sino ver la manera de afrontar los problemas que puedan surgir en la Iglesia sin dejar de sentirnos hermanos, evitando enfrentamientos por la "verdad". A veces vivimos la "verdad" de forma tan agresiva que el otro la recibe como mentira.

Es verdad que estas Reglas se refieren a problemas concretos de aquél tiempo que hoy ya no tenemos, pero sobre todo nos "preparan y disponen" para que no dejemos de sentirnos miembros de este cuerpo que es la Iglesia ¹¹de modo que sus fallos nos duelan como propios y su reforma la vivamos como una recuperación, no como quien tira lo que no sirve y compra algo nuevo.

S. Ignacio va a presentarnos una "Iglesia jerárquica", que por voluntad del propio Jesús tiene unos responsables de cara a su misión: anunciar el Evangelio y mantener la "comunión"¹². Esta responsabilidad, como veíamos no es fácil, pero tienen que tenerla. ¿Cómo vivir en la Iglesia para que esta tarea se lleve a cabo correctamente?

- Podemos vivir en la Iglesia deseando su cambio de una forma equivocada y provocar el rechazo de los responsables, llegando a la ruptura;

¹⁰ Ver página 401-462.

¹¹ Ver página 459-460.

¹² Ver página 461.

- o pasivamente sin que nos preocupe su situación, "pasando" de sus fallos y haciendo creer que la Iglesia está respondiendo a su misión; esto es engañar a los responsables:
- pero hay una tercera forma, que es la que S. Ignacio propone en estas Reglas: sintiéndome siempre Iglesia, sintonizando siempre con ella, como miembro de un cuerpo que me duele, ayudar a que cambie convencido que vivir yo sólo lo que el Espíritu me ha comunicado es secuestrar algo que debe servir a todo el cuerpo de la Iglesia, como hizo el propio S. Ignacio con su experiencia de los EE: aguantó todas las sospechas sobre sus notas y no paró hasta que la propia Iglesia los reconoció con su autoridad.

¿Cómo vivió S. Ignacio la Iglesia de su época? ¿Cuáles fueron sus reacciones en los conflictos con la autoridad de la Iglesia?

Todo esto lo veremos al final, pues nos aclarará lo que quiso decirnos con estas reglas.